



El P. Timothy Radcliffe, quien fue Superior de la Orden dominica, cuenta una historia que siempre he recordado y que ha sido parte de mi formación. Siempre he pensado que es una historia profunda, desde sus viajes por todo el mundo, atendiendo a innumerables comunidades dominicas; estuvo en Burundi justo después de una gran violencia en ese país, que dejó más de cien mil muertos, violencia genocida entre los pueblos hutus y tutsi. Durante décadas devastadoras de horrible violencia, un país, que apenas era un país, recién unido, debido al odio étnico y al derramamiento de sangre.

La visita a Burundi fue difícil, dijo el P. Radcliffe, porque la comunidad dominica estaba compuesta tanto por hutus como por tutsis, y cada uno de los hermanos había sido afectados por la guerra, los dos grupos habían perdido a miembros de sus familias. Obviamente, era una comunidad disconforme; los hermanos estaban tensos. Incluso dentro de una orden religiosa, incluso después de votos solemnes, ese tipo de violencia está destinada a provocar emociones peligrosas, emociones divisivas.

No es que haya pasado algo milagroso. La historia que el P. Radcliffe cuenta es simplemente que al final de su dolorosa visita, todo lo que hizo la comunidad fue reunirse para celebrar la Eucaristía. Durante la Misa, a cada miembro se le permitió hablar y simplemente compartir la historia de sus sufrimientos, de la familia que perdió, los amigos... Nada especial, en realidad, sólo compartir el dolor, sin ser juzgado o menospreciado en el silencio de la Eucaristía. Nada milagroso, como dije, simplemente una historia en la que he estado pensando últimamente.

Porque la lección que aprendió el P. Radcliffe es una que estoy tratando de aprender. Creo que siempre tendré que tratar de aprenderla. "Una de las lecciones de la Iglesia", dijo, "es tratar de estar presente en esos lugares de sordera e incomprensión, para ofrecer un espacio donde puedan comenzar las conversaciones".¹ En un país desgarrado por la violencia, el P. Radcliffe se enteró de que el hecho de simplemente unirse en la Eucaristía era por sí mismo un profundo signo de esperanza, que probablemente era lo más significativo que podían ofrecer a su país: un ritual de unidad en medio de la división.

Por supuesto, ustedes saben por qué comparto esta historia, por qué ha estado en mi mente últimamente: por nosotros, nuestro país, nuestra sociedad. No estoy hablando de ningún incidente, en realidad, nada tópico. Cada uno puede llenar los espacios que quedan en blanco, si desea hacerlo. Estoy hablando más de todo en conjunto, de todas nuestras peleas y pleitos y angustias. No somos Burundi, por supuesto. No necesitamos ser ridículos y llevar las cosas al extremo. Sin embargo, estamos cansados, muchos de nosotros desgastados por todo, cansados de todo, cansados de lo que Gavin Esler llamó hace veinte años, "Los Estados Unidos de la Furia"—proféticamente ahora, así parece. Saben por qué he estado pensando en historias como esta, en cómo la Iglesia existe en medio de la ira. Es una pregunta seria para nuestro tiempo.

Entonces, ¿cuál es el propósito de la Iglesia en un mundo como el nuestro? ¿Cuál es el propósito de una parroquia como esta? ¿Cuál es nuestra tarea? Bueno, para responder a estas preguntas, por supuesto debemos recurrir a las Escrituras; debemos descubrir allí primero, antes que en cualquier otro lugar, la misión importante para la Iglesia y para nosotros. Y entonces, ¿qué es lo que vemos allí, en las palabras de la palabra de Dios? ¿Qué es lo que encontramos?

En una palabra: Sion, lo cual es el sueño de Isaías y de los demás profetas. Lo que soñaban era la montaña de Dios, a la que llegarían todas las naciones. Extranjeros, gentiles —francamente,

¹Timothy Radcliffe, OP, *Sing a New Song*, 241

nosotros— fuimos soñados por los profetas. Somos llamados de entre las naciones a la alegría del único Dios de los Hebreos. Somos las estrellas y las arenas de la promesa de Abraham, sus hijos, como Dios dijo que lo seríamos. Es el sueño de Dios, su misión: la asamblea de todos, los miles de millones nacidos en su imagen, todos indocumentados pero bendecidos por el asilo de la gracia de Dios...

Es por eso que Cristo es "luz para... los gentiles;" para iluminarnos a ustedes y a mí, los paganos antes que Dios nos acercara a Jesús. Es por eso que Jesús murió en la cruz la muerte de un rechazado, como dijo Pablo, en un árbol fuera de la ciudad. No murió la muerte de un buen judío, sino de la muerte de un exiliado, de un maldito, para salvar a los malditos, porque amaba a los malditos. Porque nos amaba. Cuando yo sea levantado en alto sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí, dijo Jesús. Ese "todos" somos nosotros; es todo el mundo. Es el sueño de Sion y el sueño de Jesús. Es la razón de la sangre de la cruz, la razón de su muerte y el propósito de su resurrección.

Y también es por eso que dijo, "ámense los unos a los otros. Como yo los he amado." Es por eso que dijo, "Como el Padre me ha enviado, así que yo los envío." Es por eso que los discípulos fueron enviados fuera de Jerusalén a los confines del mundo: por este sueño de Dios, construido sobre su amor, su sueño de que todos vengan a él y experimenten el gozo de Sion.²

Por lo tanto, es la misión de la Iglesia y la misión de este lugar, ser un signo e instrumento de la unión de Dios con su pueblo, y también ser signo e instrumento de unidad humana: todos los pueblos, todas las naciones. Esa es nuestra tarea; es lo que se nos ha mandado ser y hacer. Todo lo que hacemos sirve a esta misión eterna. Es lo que somos cuando estamos en nuestro mejor momento, cuando somos fieles.³

Lo que nos lleva de nuevo a considerar las divisiones de nuestro mundo y de esa pequeña historia de esa pequeña Misa en Burundi donde los enemigos naturales simplemente hablaban en la presencia y el silencio de la Eucaristía. Conociendo la Palabra de Dios, conociendo nuestra misión, ¿qué significado tiene para nosotros hoy, ahora, en este lugar?

Creo que significa esto: Nuestra misión es la misión de Dios en Cristo de atraer a todas las personas a la alegría y al amor de Dios, con lo que decimos y hacemos. Y esa llamada es para toda la gente, pero es una llamada que sale a un mundo lleno de pecado y heridas. Es una llamada que es dirigida a la gente que se odia.

Y eso significa que en esta parroquia encontraremos todas las heridas y rupturas del mundo. Encontraremos personas que se aman y personas que se odian, personas que están de acuerdo y no están de acuerdo. Encontraremos personas que piensan una cosa, así como personas que piensan otra. Y encontraremos estas diferencias desordenadas porque no somos un culto o un club de gente del mismo pensamiento, sino que somos la verdadera Iglesia Católica de Jesucristo.

Y eso significa que debemos estar comprometidos a amarnos unos a otros incluso con estas heridas, discordias y diferencias. Eso no significa que esta sea una comunidad en la que nunca tengamos argumentos o desacuerdos; una comunidad como esa es una comunidad muerta, que ha desterrado amablemente a los profetas. Esa no es esta comunidad. Esta parroquia no es un "espacio seguro". No es un lugar donde tienes derecho a no ser desafiado o confrontado. Sin embargo, es un lugar donde puedes esperar ser amado y respetado, puedes exigirlo. Si queremos ser una comunidad que sea fiel a Dios y valiosa para el mundo, entonces necesitamos ser el tipo de personas que vienen aquí todos los días, o domingo a domingo, comprometidas a amar y escuchar y orar junto a todos

²Hechos 1:8

³*Lumen Gentium* 1

los demás que Dios atrae a esta pequeña Sion, este pequeño terreno del reino. No sólo tú, todos nosotros, hasta el cielo. Esa es la misión, ese es el punto.

¿Qué hizo Jesús por esa mujer cananea, esa extranjera? Le dijo la verdad, sin rodeos. Pero ¿qué hizo? Ella debatió con él, con fe. Y luego Él sanó a su hija, y alabó su gran fe. Piénselo. Esa es la Iglesia; de eso es de lo que he estado hablando todo el tiempo.

Oren por esto aquí. Amén.

©2020 P. Joshua J. Whitfield